

CARACOLA

en la muerte de

CELIA VIÑAS

(21 junio, 1954)



18º Suplemento de *CARACOLA*

HÁLAGA, 1954

CAHAROLA

OF THE STATE OF

MISSISSIPPI

1850

SE dice en pocas palabras: Celia Viñas Olivella ha muerto. Cuando los sazonados perfumes del verano nutrían el aire fino de su tierra de adopción, se nos fué de este mundo. «Nada más lejos de ella y de todos los que la conocían que la idea y relación de Celia-Muerte. ¡Cuando era la más perfecta ecuación de Celia-Vitalidad!», ha dicho Víctor Andrés Catena. Y hemos de repetirlo, siempre con la misma sorpresa dolorosa.

Inocentísima y casta enamorada de la vida, ansiosa de darla, ha muerto en plena juventud.

Celia Viñas nace en Lérida, el 16 de junio de 1915. En 1943, obtiene el número uno, por unanimidad, en las oposiciones a cátedras de Lengua y Literatura Española de Institutos Nacionales de Enseñanza Media. Es destinada a Almería. «Celia Viñas ha clausurado repentinamente su largo y asombroso magisterio. Sin duda, era la mejor maestra, la de más personalidad y duende pedagógico que había», subraya Catena. Y corrobora Rafael Morales:

«Celia organizaba con... [sus]... alumnos, a lo largo de cada curso, recitales poéticos, conciertos, conferencias, representaciones teatrales, una revista radiofónica, reuniones literarias. Su labor de cátedra no acababa con la clase diaria, o mejor dicho, su clase no acababa nunca».

El 8 de setiembre de 1953 contrae matrimonio, en Palma de Mallorca, con Arturo Medina Padilla, también profesor de Literatura.

Muere Celia en Almería, el 21 de junio de 1954, malográndosele la ilusión del primer hijo. La provincia entera, volcada, derramada en trágica riada silenciosa de miles de criaturas, la acompañó, en su último viaje, hasta el camposanto lejano.

Celia, viajera incansable, había recorrido España de punta a punta, amándola y descubriendo, con regusto sabroso, todos sus secretos. «Los libros no han matado en Celia Viñas el amor por las cosas directas y elementales — escribe M.^a Antonia Sauz Cuadrado —; la llamada del mar, el gozo del agua en libertad, del campo suyo, que reconoce en cada hierba, en cada roca, en la desazón quemante del sol. Celia, mujer de estudio y de aire libre, siente a Dios en todas partes y modula su estrofa asistida por Él».

Díaz-Plaja afirma que para el logro total de las poesías infantiles se necesita algo que ella, como nadie, poseía: *intrépida alegría vital, sinceridad vehemente, voluntad de inocencia*. Y prosigue: «Se necesita, sobre todo, su espléndida naturalidad». Eugenio D'Ors ha retratado a Celia Viñas así: «Bárbara y preciosa, inmemorial y a la orden del día, vena del volcán arrastrando llamas y pedruscos, fenómeno cósmico...», y ha añadido, hablando de su voz: «La voz sabe a pan, a polvo de carretera, a higo sediento, a uva de piel gorda, caliente de resoles».

Ángel Valbuena coloca a Celia entre las poetisas más logradas de la época actual; la considera llena de «aciertos en lo hondo y en los detalles». Era, sin discusión, una de nuestras más altas voces líricas.

Cultivó la poesía religiosa, la erótica, la infantil; la biografía, la novela y el cuento. En la última modalidad, alcanzó, con su colección titulada *El Primer botón del mundo*, el accésit al Premio Nacional de Literatura 1951.

Los poetas de CARACOLA, en homenaje a su vida y a su muerte, le dedican esta *Corona* con fervorosa afirmación de recuerdo.

*DESESPERADA ORACIÓN POR LA
MUERTE DE CELIA*

¿POR qué, Señor, llevaste a tu ignorada
sombra la luz, la luz que no se olvida?
¿Por qué secaste la manante herida
de un corazón en vilo y sin espada?

¿Por qué, por qué, Señor, por qué la nada
cae de bruces sobre la misma vida?
¿Por qué el viento, por qué la amanecida
no agitan ni iluminan la enramada?

¿Por qué, pero por qué, por qué tu mano,
Señor, estranguló a la siempreviva,
a la flor más lejana de la muerte?

¿No ves, Señor, que ya no eres humano,
que ya eres sólo un Dios a la deriva
pronto a matar al que mejor te advierte?

Jacinto López Gorgé

ELECÍA EN UN SONETO

A Celia Viñas

*¿PARA qué te han mezclado con el frío?
¿A quién le vino gana de tu muerte?
¿Quién te mulló la tierra y quiso verte
la frente blanca, el corazón vacío?*

*¿Quién puso terraplenes a tu río
para que se vertiera de tal suerte?
¿Quién me hurtó proporción de conocerte
o me la dió en paraje tan sombrío?*

*Poblado por idéntica carcoma,
aquí, Celia, me tienes ya volcado
sobre el tajo en que todo se desploma,*

*mas sin creer que el tiempo te ha llevado.
Mira mi mano, Celia: aún vive. Toma
y hazla saber, hundida en tu costado.*

Alfonso Canales

ELEGÍA DE CELIA

AHORA que iba a ser verdad.

Ahora que la canción inútil, la creatura que se consume en el viento,
iba a tener su sangre, sus pupilas, sus uñas,
y su despierto corazón de destino infinito
a semejanza e imagen del Padre.

Ahora que tu clara pasión iba a adensarse por tus brazos,
y la música de tu voz, desde todos los siglos sucediéndose,
iba a pararse cada día a aquietar dulcemente un nuevo parpadeo.

Ahora, Celia, madre interrumpida,
caes hacia el otro lado del Padre y se nos paran
tus manos fervorosas y el corro de los párvulos.

¿En el negror de qué pizarra más allá de la noche,
con qué yeso de estrella fría les enseñas
a los que a medio curso fueron castigados
a la pequeña caja blanca
cómo en la Tierra pronunciamos el paso de los ángeles,
el lenguaje ahora tuyo?

¿Qué dedos ahora enredas en qué cabello o resplandor
de los trasladados niños que ahora te rodean?

¿Con qué lengua Le ruegas —al Dios Padre
que levanta y abate nuestra carne y mantiene
una luz en las playas y otra luz en las tumbas—
por las que rasgan las madrugadas de las clínicas con alaridos milenarios,
por las que reduplican su voluntad de vida soltando en un jergón un
hombre un hombre un hombre,
por los niños vueltos atrás a las primeras tardes, a los primeros meses,
a los primeros años,
por los que no llegaron ni a la primera brisa,
por los que se extraviaron en lienzos y en desagües,
y por nosotros, niños sin inocencia vivos todavía,
alumnos tuyos de pureza y entrega,
tú, Celia madre ardida sin remedio?

Enrique Molina Campos

PERO NADA HUBO COMO EL SILENCIO

HABÍAS llegado desde la virgen altura que oculta la niebla;
desde el vellón por el que tiemblan
los corderos; desde las olas;
desde la lejanía del tiempo, habías llegado.
Eras como una lava dulcísima y ardiente...

Pero nada hubo como el silencio de tu postrer abrazo,
amasado de arcángeles. Nada
como la luz que dejaste en las hojas nuevas,
en los manantiales secretos de tu paso; en las flores
planchadas sobre tu poema vivo; en el agua
donde mirarnos día a día, o en el latido,
seguro, cálido,
de cada uno de tus pensamientos.

Celia, amiga; siempre entre nosotros.

Amén.

María Victoria Atencia

ELEGIA

*YO nunca oí tu voz.
Nunca, Celia, escuché tu cálida pregunta — clara ventana
abierta al río de tu asombro.
Y ahora que ya no estás — ¿pero estás muerta?—
yo quisiera decirte, hablarte de esas cosas
que pasan un día y otro en nuestra vida;
esas cosas que nos rompen y empujan,
y unas veces nos dejan toda el alma bañada de tristeza,
pero que más la limpian con su lluvia para que sea un espejo
de la dicha
cuando nueva y reciente nos llega la mañana.*

*Tú sabrás escucharme y comprenderme
y sonreirás un poco de mis penas, y me dirás:
«Pero si estás con vida».
Ay, perdóname, Celia; tú no sabes
cómo duele la vida, cómo a veces
el verso se nos quiebra en un tibio sollozo partido en dos
mitades;
y queremos hablar y están los labios
mudos, sellados por el frío beso de las horas inútiles y ausentes.*

*Yo sé que es egoísmo quererte hablar de mí cuando la gente
dice que te has muerto.
Pero eso no es verdad.
Nosotros te escuchamos. ¿Cómo ibas a morirte sin decirnos
ese tu último adiós, hondo de despedidas?
¿Cómo el mar —tuyo el mar— pudo dejarte pálida,
sin que nos avisara con la voz de sus playas?
Y el viento y los trigales y la lluvia y la estrella.*

Elena Mar

A C E L I A

*El mar era tu amigo,
te habría dado sus velas y sus remos,
inquietas gaviotas escribiendo telegramas azules por los campos
del cielo.*

*El viento era tu amante, te dejaría sus alas,
agitando banderas de tus versos más íntimos,
y se enredaría el trigo, laurel sobre tu frente;
la lluvia se tejería en fanal para tu cuerpo,
transparente tu voz, como dormida,
y la estrella su camino abriría de luz para tu planta,
peregrina hacia el hijo de tu amor y tu carne.*

*No: lo dicen las palabras. Son vanas las palabras.
Nadie puede entenderlas;
nadie, ningún poeta puede cantar tu nombre
pensándolo tan sólo en el recuerdo,
ni creer, ya hecho mármol, tu caminar alegre y entregado,
buscando y descubriendo auroras y horizontes;
ni imaginar tus ojos, ciegos de mar y luz reverdecida.
Tus ojos que veían a las cosas nacer con el impulso de la
creación primera.
Niños siempre tus ojos para rimar las cosas, difíciles al tacto
del ensueño,
viva antorcha tus ojos
de tantas manos hacia ti tendidas.*

*No puede ser verdad.
Nosotros te negamos a la muerte.
Estarás con nosotros mientras tiemble
un verso entre las manos de un poeta.*

LEVE RÍO...

YA estás allí, ya te alejaste
—hondo río— como un junco, una adelfa, muerta;
ya el tiempo, el número, el espacio
has atado a tu nave, tu laurel y tu acanto.
Todo ha sido entregado, todo, libre, lo diste
ofrendado a la esencia.

Ya estás tranquila, para siempre dormida.

Ya está fría la piedra, la llama ardida,
el corazón sin sangre latiendo al viento;
ya estás allí, acaso sola,
sin palabras ni voces, en ese gran retiro;
sin música, sin aire.

Las palabras dormidas, como el verbo quebrado,
vidrios rotos, luciérnagas de ti, ¡ay!, tus palabras;
tu corazón, desnudo, canta.

Ya estás ausente de las cosas,
ellas de ti, desalojada tú que te acercaste a ellas,
despojada del aire, del llanto, de la voz,
leve río sin agua, muda, en la sombra,
en la luz acaso, pero ¿dónde?

Ya está cumplido inútilmente el tiempo,
ese tiempo terrible que te busca, te hiere,
te arrincona y te lleva.

Ya está cumplido ese instante tan tuyo,
intransitable y tuyo, que te ha dejado sola.

Ya está el mundo en tu mano de poeta,
tu propio corazón como un grano de arena,
insistiendo en las playas, allí sencillo,
en tu mano vacía; tu corazón desnudo, como estatua o simiente,
como río o sudario; tu corazón abierto.

Ya están rotos los puentes, y los mares desnudos
para todos los siempres;
ya estás tú allí, amiga, compañera;
yo lo sé; sé que estás; hondamente lo siento,
pero ¿dónde?..

Manuel Orozco Díaz

CARTA PARA CELIA

CELIA,

*mira cómo se me hace la boca verso, cómo
se me hace beso el verso para que te lo diga,
para que te diga este Celia, amiga mía.*

Amiga de las estrellas,

amiga de los espejos y las estrellas, donde aprendías a mirarte, Celia.

*Ahora vivirás en volandas de las nubes
y tendrás una funda de enea para tu pulso más débil,
frente a frente de Aquel que te envió a preparar sus caminos, y decirle
su nombre a cada cosa: agua, al río;
luz, a la estrella; Paraíso, a la esperanza
que un día, sin pensarlo, se te hizo hoy,
para que te murieses a chorros un verano.*

Celia:

descansará el gorrión, no apresado en su vuelo.

*Y crecerán los pinos. Y basta habrá en la pecera
un ascua roja hermana de la brasa.*

*Que nadie tomará su latido para llevarlo al canto
o para hacer canción de cada instante, o para
hacer instante y canto tu latido.*

Oh, Celia, mi desconocida.

*Vecino de tu verso, ¿no sabes que a la rosa,
desde aquel día de junio,*

la llamaremos siempre mística flor de Celia?

Rafael León

ELEGÍA A LA MUERTE DE CELIA VIÑAS

*¡Oh, qué pintados pájaros agora,
Carlos, gozáis!*

(LOPE DE VEGA)

Voz de dolor y canto de gemido.

(HERRERA)

*Peloncillo de naranja,
corazón de yerbabuena.*

* * * * *

*Sin sueño, niño de miel,
no duermas.*

* * * * *

*¿Y quién te cbilla el cariño
y te da besos de menta?*

* * * * *

*Pan del beso, cañadú
con pelucilla de seda.*

(CELIA VIÑAS)

En el trigal que hay sembrado

dentro de mi corazón,

como por su casa ha entrado

un panzudo gorrión.

(CELIA VIÑAS)

CELIA, tú eras del mar. Entre sus olas,
agudo esquife la tostada frente,
tu risa fué un reguero de amapolas.

Celia, tú eras del sol y de la ardiente
tierra que en frutos su virtud proclama.
Jamás la sequedad, la indiferente

pureza pudo mitigar tu llama,
antorcha viva del quehacer fecundo,
que brilla y arde y resplandece y ama.

Y Dios estaba en ti. Y el gris profundo
del fresco pozo en el terrón cavado.
Celia, tú eras del mar, del sol, del mundo,

del raudo torbellino enamorado.
Buscabas la verdad en cada cosa,
el ser primero, humilde e intocado.

Tuya la ortiga fué. Y la mimosa
pradera rasurada en verde suave,
la húmeda opulencia de la rosa,

el lirio agreste y el magnolio grave.
La garza solitaria, el picaruelo
gorrión del tejado, urbana ave,

redicha criatura, que en el suelo
esquiva el giro aleve de la mano;
trotavientos sin fin, tuno del cielo,

cerca del polvo y del azul cercano;
pájaro alegre y gris, leve y burlón,
que te fué devorando grano a grano
el colmado trigal del corazón.

*

«¡Oh! ¿Qué divinos pájaros ahora,»
Celia, «gozáis?» ¿Qué tiernos pajarillos,
en los celestes prados de la Aurora,

tu rostro miran con sus ojos pillos?
¿Gozas del pajaruelo que te encanta
el sueño eterno? ¿Y de los más sencillos?

¿Del que lee, recita, arpegia y canta
verbos de luz, dulcísimos pronombres?
¿Del pájaro de oro que levanta

al Trono la fermata de los nombres?
¿Cuán solo, con tu marcha presurosa,
Celia, dejaste el valle de los hombres!

Gargantas de cristal dicen tu glosa.
Hay siempre un pajarillo en tu ventana,
que al alba pura y en la noche hermosa,
llora la muerte de tu rosa grana.

*

Caminante feliz — en las pupilas
cosecha fácil de abundantes siegas —
¿cuántas horas dolientes o tranquilas

llevabas en las plantas andariegas!
Largo el soñar, tendida la mirada,
por campos, ríos, montes, cimas, vegas.

En el lento sopor de la cañada,
sació tu boca el borbollón del vino
y el dulce grumo de la miel dorada.

Todo tu ser vibraba en el camino,
y del agua corriente la frecura
bebió tu labio con pasión y tino.

Todo era en ti palabra de hermosura,
balbuceo gozoso o encendida
verba de amor o cauda de ternura,

volcado río, linfa contenida
que en sus límites lame la belleza.
Celia, tú eras de Dios y de la vida
en toda su amplitud y su pureza.

*

Fueron los niños tu ambición. Maestra
graciosa y fiel. En ti la letra daba
claro fulgor y música. A tu diestra,

un ángel sabio y señoril velaba.
Urgía Lope, amaba Garcilaso,
y San Juan, lentamente, derramaba

el néctar fino en tu ofrecido vaso.
El Caballo del Cid, cauto y seguro,
en tu palabra enderazaba el paso.

Niños a flor de piel, y entre el oscuro
fluir de tu cabello, y en el hondo
latir del corazón, y sobre el duro

esqueleto de cal. Niños al fondo
del telón de la vida, y en la espera
del aire henchido, y en el rizo blondo

de tus trigos de amor. Tu ruta era
la esperanza del hijo, florecida
en la sed de tu cuerpo en primavera.

Y nunca nadie como tú, ya uncida
al varón que Dios puso en tu derrota,
ansió sentir la chispa de la vida
en la grandeza de la entraña rota.

*

Tú lo sabes, Señor. ¿Había orgullo
en tanto desear? La piel morena
de su *niño de miel* y el tibio arullo

negaste a su existir. Firme y serena
es tu segur. Decides. Un instante.
Eres justo, Señor; pero ¡qué pena!

¡Oh! ¿Qué niño bellissimo y fragante,
atado a ti con eternals lazos,
más limpio que la estrella y más brillante

reposa, Celia, entre tus fuertes brazos?
¿Qué *peloncillo de naranja*, dueño
riquísimo de risas y de abrazos,

por besarte en la cara olvida el sueño?
Niño de *cañadú*, *besos de menta*,
¿cómo tan grande siendo tan pequeño?

Cuatro, cinco, seis, diez, ciento cincuenta.
Besos vienen y van. ¿Quién los domina?
Tú casi habrás perdido ya la cuenta,
que es inmenso el afán y honda la mina.

Envío

¡Qué soledad con sol, Celia! ¡Qué triste
el perfil de tus montes! ¡Y qué llanto,
desde el morado día en que te fuiste,

hay en el agua que soñaste tanto!
Solloza el mar. Y tiembla el aire. Herido
en su nervio de luz, es hoy mi canto

«voz de dolor y canto de gemido».
Corta tu vida fué: hreye, la historia.
Celia, tu nombre, fénix del olvido,
será una rosa abierta en mi memoria.

M.^a Antonia Sanz Cuadrado

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.



Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.